

La misma fecha.

Pero cuando se han saboreado como instintivamente estas primeras delicias del regreso á tierra, está uno tentado muchas veces de echar de ménos la inseguridad y la agtacion perpetuas de la vida marina. En ella á lo ménos, el pensamiento no tiene tiempo para replegarse en sí mismo y sondear los abismos de tristeza que ha abierto la muerte en nuestro pecho! Siempre mora en él el dolor, es cierto, pero á cada instante le aligera algun nuevo pensamiento; el ruido, el movimiento que á uno le cercan; el aspecto siempre cambiante del buque y del mar; las olas que se hinchan ó se aplanan: el viento que se muda, que arrecia ó se calma; las velas de la nave que es preciso orientar veinte veces al dia; el espectáculo de las faenas en que es preciso á veces tomar parte uno mismo en los temporales; los mil accidentes de un dia ó de una noche de tempestad; el vaiven, las velas que se levá el huracan, los muebles rotos que ruedan por los entrepuentes; los golpes sordos, irregulares, del mar en los frágiles costados del camarote donde en vano quiere uno dormir; los precipitados pasos de los marineros de guardia, que corren de uno á otro bordo; el lastimero piar de los pollos, à quienes la

espuma inunda en sus jaulas atadas al pié del palo mayor; el canto de los gallos, que ven los primeros la aurora, al fin de una noche de tinieblas y de borrascas; el silbido de la corredera de la guindola que se echa para medir el camino andado; el aspecto extraño, desconocido, vano, agreste ó gracioso de una costa que no se sospechaba la víspera y que se sigue al rayar el dia, midiendo las alturas de sus montañas ó designando con el dedo sus ciudades y sus aldeas, brillantes como montones de nieve entre grupos de pinabetes;—todo esto le roba un poco mas ó menos de su afliccion á nuestra alma, alivia un poco el corazon, deja evaporar parte del dolor, acalla la tristeza miéntras dura el viage; todo ese dolor agobia con todo su peso el alma, apenas ha puesto uno el pié en la orilla, y apenas el sueño, en un lecho tranquilo, vuelve al hombre á la intensidad de sus impresiones. El corazon, no distraido ya por objetos exteriores, se halla cara á cara con sus sentimientos mutilados, sus ideas de desesperacion, su porvenir perdido! No sabe uno como soportará la vida antigua, la vida monótona, la vida vana de las ciudades y de la sociedad. Esto es lo que yo experimento, hasta el punto de desear ahora una eterna navegacion, un viage sin fin, con todos sus azares y sus distracciones, aun las mas penosas. ¡Ah! es porque leo en los ojos de mi muger, mas aún que en mi corazon. El dolor de un hombre

es nada en comparacion del de una muger, de una madre; una muger vive y muere con un solo pensamiento, para un sentimiento solo; la vida para una muger, es una cosa poseida; la muerte, es una cosa perdida! Un hombre vive de todo, bien ó mal; Dios no lo mata de un solo golpe.

24 de Mayo 1833

Me he rodeado de periódicos y de folletos recién llegados de Europa y que me prodiga la bondad de los embajadores de Francia y de Austria. Despues de haber leído todo el día, me confirmo en las ideas con que salí de Europa: veo que los hechos marchan enteramente en el sentido de las previsiones políticas que la analogía histórica y filosófica permite asignar al camino de las cosas en este hermoso siglo. La Francia agitada se sosiega, la Europa inquieta, pero tímida, mira con zelos y odio, pero no se atreve á impedir; conoce por instinto, y este instinto es profético, que perderia acaso el equilibrio haciendo un movimiento. Nunca he creído en la guerra de resultas de la revolucion de Julio; hubiera sido preciso que la Francia estuviese entregada á consejos insensatos para atacar, y no atacando la Francia, la Europea no podia ir desa-

cordadamente á arrojarse en un foco revolucionario, donde se quema todo el que quiere sofocarle. El gobierno de Julio habia merecido bien de la Francia y de la Europa, por el solo hecho de haber sofrenado el ciego é impaciente ardor del espíritu belicoso en Francia, despues de los tres dias. (1)

La Europa y la Francia eran igualmente perdidas: —no teniamos ejércitos, ni espíritu público, porque no le hay sin unanimidad; la guerra estrangera hubiera acarreado inmediatamente la guerra civil en el Mediodia y el Oeste de la Francia y por consiguiente la persecucion y el despojo en todas partes: el gobierno no hubiera podido sostenerse en Paris con el impulso revolucionario del centro: mientras que flacos ejércitos improvisados por un patriotismo sin guia y sin freno se hubieran hecho devorar en nuestras fronteras del Este, el Mediodia hasta Leon hubiera enarbolado la bandera blanca, y el Oeste hasta el Loira hubiera reconstruido las guerrillas vandeanas; las poblaciones fabriles de Leon, Ruan, Paris, ecsasperadas por la miseria en que las habria sumergido la suspension del trabajo, habrian hecho esplosion en el centro y precipitádose

(1) Sabido es que tres dias duró la revolución de Julio, el 27, el 28 y el 29.—N. del T.

en indisciplinadas muchedumbres sobre Paris y las fronteras, eligiéndose caudillos de un dia é imponiéndoles sus caprichos por planes de campaña. La propiedad, el comercio, la industria, el crédito, todo hubiera perecido à la vez; se hubiera necesitado recurrir à la violencia para obtener empréstitos y contribuciones. Escondidos el oro, muerto el crédito, la desesperacion habria impulsado à la resistencia y la resistencia à la espoliacion, al asesinato y à los suplicios populares; una vez puesto el pié en la senda de la sangre, no habia mas salida posible que la anarquía, la dictadura y la desmembracion. Todo esto ademas se hubiera complicado con movimientos inesperados y espontáneos de algunas partes de Europa, España, Italia, Polonia, riberas del Rhin, Bélgica, todo hubiera ardidido al mismo tiempo ó sucesivamente; la Europa entera se habria visto arrastrada en una fluctuacion de insurrecciones, de compresiones, que à cada instante habrian cambiado el aspecto de las cosas. Hubiéramos entrado, mal preparados, en una nueva guerra de treinta años. El génio de la civilizacion no lo ha querido; ha sucedido lo que debia suceder. No se peleará hasta despues de haberse preparado al combate, hasta despues de haberse reconocido, de haberse contado, de haberse puesto en órden de batalla, la lucha será regular, y tendrá un resultado previsto y seguro; no será un combate nocturno.

De lejos se ven mejor las cosas porque los por menores no ofuscan la vista, y los objetos se presentan en grandes masas principales. Esta es la razon porque los profetas y los oráculos vivian solos y lejos del mundo;—eran verdaderos filósofos que estudiaban las cosas en su conjunto y cuyo juicio no turbaban las mezquinas pasiones del dia. Es preciso que un hombre político se aleje con frecuencia de la escena en que se representa el drama de su tiempo, si quiere juzgarle y preveer su desenlace. Predecir es imposible: la prediccion no pertenece mas que à Dios; pero preveer es posible; la prevision le pertenece al hombre.

Muchas veces me pregunto en qué parará ese gran movimiento de las cabezas y de los hechos que, emanado de Francia, agita al mundo y arrastra de grado ó por fuerza todas las cosas en su torbellino. Yo no soy de los que no ven en ese movimiento mas que el movimiento mismo, es decir. el tumulto y el desórden de las ideas, que creen al mundo moral y político en aquellas convulsiones finales que preceden à la muerte y la descomposicion. Este es evidentemente un movimiento doble de descomposicion y de organizacion juntamente; el espíritu creador trabaja à medida que destruye el espíritu destructor: una fé, en todo, reemplaza à la otra; una forma se sustituye à otra forma; dó quiera que lo pasado se desmorona, el porvenir ya preparado

aparece detrás de las ruinas; la transición es lenta y ardua como toda transición, en que las pasiones y los intereses de los hombres tienen que combatir marchando; en que las clases sociales, en que las naciones diversas caminan con paso desigual, en que algunos quieren retroceder obstinadamente mientras que la mayoría avanza; hay confusión, polvo, ruinas, oscuridad á veces; pero de cuando en cuando también, el viento levanta esa nube de polvo que esconde el camino y la meta, y los que están sobre la altura distinguen la marcha de las columnas, reconocen el terreno del porvenir y ven el sol recién salido iluminar vastos horizontes. Continuamente oigo decir, y aun aquí mismo se dice: "Los hombres ya no tienen creencias; todo está entregado á la razón individual; ya no hay fé comun en nada; ni en religión, ni en política, ni en sociabilidad. Las creencias, una fé comun, son el resorte de las naciones; roto este resorte, todo se descompone; no hay más que un medio de salvar á los pueblos, que es volverles sus creencias." Volver creencias, resucitar dogmas populares muertos en la conciencia de los pueblos, rehacer lo que ha deshecho el tiempo, es una pretensión insensata, es querer luchar contra la naturaleza y contra la índole de las cosas; es caminar en sentido inverso de la Providencia y de los hechos, que son las huellas de sus pisadas;—no se puede llegar á un fin como no sea caminando en el

sentido en que Dios conduce los sucesos y las ideas; la corriente del tiempo jamás retrocede; puede uno dirigirse y dirigir al mundo por su idomable corriente; no es posible pararse ni hacerla ir hacia atrás. Pero ¿es cierto en efecto que ya no hay ni luz en la inteligencia del hombre, ni creencia comun en el espíritu de los pueblos, ni fé íntima é insignificante en la conciencia del linaje humano? Palabras son estas que todos respetan sin haberlas sondeado, y que no tienen ningún sentido. Si el mundo no tuviera ya ni idea comun, ni fé, ni creencia, el mundo no se agitaría tanto; nada no produce nada: *mens agitat molem*. Hay, por el contrario, una inmensa convicción, una fé fanática; una esperanza confusa, pero indefinida; un ardiente amor; un símbolo comun, aunque no redactado todavía, que impulsa, agita, atrae, condensa, hace gravitar juntas todas las inteligencias, todas las conciencias, todas las fuerzas morales de esta época:—esas revoluciones, esas sacudidas, esas caídas de imperios, esos movimientos repetidos y gigantescos de todos los miembros de la antigua Europa; esos estruendosos ecos en América y en Asia; ese impulso no reflexionado é irresistible que imprime, á despecho de las voluntades individuales, tanta agitación y concierto á las fuerzas colectivas, todo eso no es un efecto sin causa; todo eso tiene un sentido, un sentido profundo y oculto, pero evidente para los ojos del filósofo. Ese sentido es cabal-

mente lo que el vulgo se queja de haber perdido, es lo que niega en el mundo de hoy; es una idea comun, es una conviccion, es una ley social; es una verdad que, introducida involuntariamente en todas las cabezas, y aun sin saberlo ellas, en el espíritu de las masas, trabaja por producirse en los hechos con la fuerza de una verdad divina, es decir, con una fuerza invencible. Esa fé es la razon general; la palabra es su órgano; la imprenta es su apóstol; se difunde sobre el mundo con la infalibilidad y la intensidad de una religion nueva; quiere rehacer á su imágen las religiones, las civilizaciones, las sociedades, las legislaciones imperfectas ó alteradas por los errores y la ignorancia de las tenebrosas edades que han atravesado; quiere volver á sentar, en religion:—Dios uno y perfecto por dogma, la moral eterna por símbolo, la adoracion y la caridad por culto;—en política, la humanidad encima de las nacionalidades;—en legislacion, el hombre igual al hombre, el hombre hermano del hombre, la sociedad como un trueque fraternal de servicios y de deberes recíprocos, regularizados y garantidos por la ley; el cristianismo legislado! (1).

(1) *Legislaté*, voz que no es francesa, y que hemos traducido con otra que tampoco es castellana, pero que espresa exactamente la idea del autor.—*N. del T.*

Esto quiere y esto hace—¡que nos vengan todavía diciendo que no hay creencias, que no hay fé comun en los hombres de este siglo! Desde el establecimiento del cristianismo, jamas obra tan grande se ha consumado en el mundo con tan flacos medios. Una cruz y una imprenta, hé aquí los dos instrumentos de los dos mas grandes movimientos civilizadores del mundo.

25 de Mayo.

Esta noche, á la luz de una espléndida luna que se reverberaba en el mar de Mármara y hasta en las moradas líneas de las nieves eternas del monte Olimpo, me he sentado solo bajo los cipreses de la escala de los Muertos. Estos cipreses, que dan sombra á las innumerables sepulturas de los musulmanes, bajan desde las alturas de Pera hasta las orillas del mar, y están cortados por algunos senderos mas ó menos rápidos que suben del puerto de Constantinopla á la mezquita de los dervis *giradores*. Nadie pasaba por allí á aquella hora, y hubiera podido creerme á cien leguas de una gran ciudad, si los mil rumores de la noche, traídos por el viento, no hubieran venido á morir en las trémulas ramas de los cipreses. Todos aquellos rumores, algo apagados

ya por lo avanzado de la hora,—cantos de los marineros en los buques, batir de los remos de los caiques en las aguas, sonidos de los rústicos instrumentos de los Búlgaros, tambores de los cuarteles y de los arsenales, voces de mugeres que cantan para adormecer á sus hijos en las ventanas enrejadas, largos murmullos de las populosas calles y de los mercados de Gálata;—de cuando en cuando, el grito de los muzlimes en lo alto de los minaretes, ó un cañonazo, señal de la retirada, que partia de la escuadra fondeada à la entrada del Bósforo, y venia, repercutado por las mezquitas sonoras y por las colinas, à perderse en las olas del Cuerno de Oro y bajo los apacibles sauces de las aguas dulces de Europa:—todos estos rumores, digo, se confundian á veces en un solo zumbido sordo è indeciso, y formaban como una armoniosa música en que las voces humanas, la tarda respiracion de una gran ciudad que se duerme, se mezclaban, sin que se pudiese distinguir las, con los rumores de la naturaleza, el lejano estruendo de las olas y las bocanadas del viento que doblégaba las agudas cimas de los cipreses. Esta es una de las impresiones mas infinitas y graves que puede soportar un alma poética:—todo se mezcla en ella, el hombre y Dios, la naturaleza y la sociedad, la agitacion interior y el melancólico reposo del pensamiento. No sabe uno si participa mas de ese gran movimiento de seres ani-

mados que gozan ó sufren en ese tumulto de voces que se alzan, ó de esta paz nocturna de los elementos que murmuran tambien y elevan el alma encima de las ciudades y de los imperios en la simpatía de la naturaleza y de Dios.

El serrallo, vasta península, ennegrecida con sus plátanos y sus cipreses, se adelantaba como un cabo de bosques entre los dos mares, ante mi vista. La luna blanqueaba los numerosos kioskos, y las antiguas paredes del palacio de Amurat salian, como un risco, de entre la sombría verdura de los plátanos; tenia presente á los ojos y en el pensamiento la escena en que hace siglos se han desarrollado tantos dramas siniestros ó gloriosos. Todos estos dramas se me aparecian con sus personajes y sus rastros de sangre ó de gloria.

Veia salir del Cáucaso una horda arrojada de él por ese instinto de peregrinacion que Dios dió á los conquistadores, como se le ha dado à las abejas que salen del tronco del árbol para producir nuevos enjambres: veia la gran figura patriarcal de Otma en medio de sus tiendas y de sus rebaños, derramando un pueblo por el Asia Menor, avanzando sucesivamente hasta Brusa, muriendo entre los brazos de sus hijos que ya eran sus lugartenientes y diciendo á Orchan:

“Muero sin sentimiento porque dejo un suce-

“ sor como tú; ¡vé á propagar la ley divina, el
 “ pensamiento de Dios, que ha venido á buscar-
 “ nos de la Meca al Cáucaso; sé caritativo y ele-
 “ mente como ella; así es como los príncipes
 “ atraen sobre su nacion la bendicion de Dios! No
 “ dejes mi cuerpo en esta tierra, que no es para
 “ nosotros mas que un camino, y ve á depositar
 “ mis despojos mortales en Constantinopla, en el
 “ sitio que yo mismo me designo en mi postrera
 “ hora.”

Algunos años despues Orchan, hijo de Otman, estaba acampado en Scútari, en esas mismas colinas que tiñe de negro la sombra de los cipreses. El emperador griego, Cantacuceno, vencido por la necesidad, le dió la hermosa Teodora, su hija, por quinta esposa en su serrallo. La jóven princesa cruzaba al son de los instrumentos ese brazo de mar donde veo flotar ahora las naves rusas, é iba, como una víctima, á inmolarse inútilmente por prolongar unos pocos dias la vida del imperio. Pronto los hijos de Orchan se acercan á la playa, seguidos de algunos valientes soldados; construyen en una noche tres balsas sostenidas por vegigas de buey infladas, y pasan el estrecho á favor de las tinieblas; los centinelas griegos están dormidos. Un muchacho labrador que salia con el alba para ir al trabajo, encuentra á los otomanos estraviados, y les indica la entrada de un subterráneo que conduce al in-

terior del castillo, y ya con esto tienen los turcos el pié y una fortaleza en Europa.

Cuatro reinados habian transcurrido, y Mahometo II respondia á los embajadores griegos:

“Yo no emprendo cosa alguna contra vosotros;
 “ el imperio de Constantinopla está limitado por
 “ sus murallas.”

Pero Constantinopla, aunque tan estrechamente limitada, impide dormir al sultan, y enviando á despertar á su visir, le dice:

—“Te pido á Constantinopla; no puedo conciliar el sueño en esta almohada; Dios quiere darme los romanos.”

En su brutal impaciencia, lanza su caballo á las olas que amenazan tragarle.

—“Eal dijo á sus soldados; el dia del último asalto, no me reservo mas que la ciudad; el oro y las mugeres son para vosotros. Prometo el gobierno de mi mejor provincia al primero que ponga pié en las murallas.” Toda la noche, innumerables hogares que remplazan la claridad del dia iluminan la tierra y las aguas, tanto anhelaban los otomanos aquel dia que debia entregarnos su presa.

Entre tanto, bajo esa negra cúpula de Santa Sofia, el valeroso y desventurado Constantino iba, en su postrera noche, á implorar al Dios del imperio y á comulgar con lágrimas en los ojos; al rayar la aurora, salia del templo á caballo, acompañado de